

Francisco Fernández Carvajal

LA MIRADA DE JESÚS

- La mayor sabiduría consiste en encontrar a Jesucristo.
- El encuentro con el joven rico.
- Jesús nos invita a seguirle.

I. Los textos de la Misa de este domingo nos hablan de la sabiduría divina, que hemos de estimar más que cualquier otro bien. En la *Primera lectura*¹ leemos la petición que el autor del libro sagrado pone en boca de Salomón: *Supliqué y se me concedió un espíritu de sabiduría. La preferí a los cetros y a los tronos, y en su comparación tuve en nada la riqueza. No la equiparé a la piedra más preciosa, porque todo el oro a su lado es un poco de arena, y junto a ella la plata vale lo que el barro. Nada vale en comparación con el conocimiento de Dios, que nos hace participar de su intimidad y da sentido a la vida: la preferí a la salud y a la belleza, me propuse tenerla por luz, porque su resplandor no tiene ocaso. Es más: Venerunt omnia bona pariter cum illa... Con ella me llegaron todos los bienes. En sus manos encontré riquezas incontables.*

El Verbo de Dios encarnado, Jesucristo, es la Sabiduría infinita, escondida en el seno del Padre desde la eternidad y asequible ahora a los hombres que están dispuestos a abrir su corazón con humildad y sencillez. Junto a Él, *todo el oro es un poco de arena, y la plata vale lo que el barro*, nada. Tener a Cristo es poseerlo todo, pues con Él nos llegan todos los bienes. Por eso cometemos la mayor necesidad cuando preferimos algo (honor, riqueza, salud...) a Cristo mismo que nos visita. Nada vale la pena sin el Maestro.

«Señor, gracias por haber venido. Hubieras podido salvarnos sin venir. Bastaba, en definitiva, que hubieras querido salvarnos. No se ve que la Encarnación fuera necesaria. Pero has querido situar entre nosotros el ejemplo completo de toda perfección (...). Gracias, Maestro, por haber venido, por estar en medio de nosotros, hombre entre los hombres, el Hombre entre los hombres, como uno más

(...), y, sin embargo, el Hombre que *todo lo atrae a sí*, porque desde que ha venido no existe otra perfección.

»Gracias por haber venido y porque yo puedo mirarte y alimentar mi vida en ti»². Ser sabios, Señor, es encontrarte a Ti, y seguirte. Solo acierta en la vida quien te sigue.

II. En el Evangelio de la Misa³, San Marcos nos relata la ocasión perdida de uno que prefirió unos cuantos bienes a Cristo mismo, que le invitó a seguirle. Cuando salía Jesús con sus discípulos para ponerse en camino, a punto ya de partir para Jerusalén, llegó un joven⁴ corriendo, y se puso de rodillas ante Él y le preguntó: *Maestro bueno, ¿qué he de hacer para conseguir la vida eterna?* Y el Señor le indica los Mandamientos como camino seguro y necesario para alcanzar la salvación. El joven, con gran sencillez, le respondió que los cumplía desde su niñez. Entonces, Jesús, que conocía la limpieza de su corazón y el fondo de generosidad y de entrega que existe en cada hombre, en cada mujer, *fijando en él su mirada, le amó* con un amor de predilección y le invitó a seguirle, dejando a un lado todo lo que poseía.

San Marcos, que recoge la catequesis de San Pedro, oiría de labios de este Apóstol el relato con todos sus detalles. ¡Cómo recordaría Pedro esa mirada de Jesús que también, en el comienzo de su vocación, se posó sobre él y cambió el rumbo de su vida! *Mirándolo Jesús le dijo: Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas*⁵. Y la vida de Pedro ya fue otra. ¡Cómo nos gustaría contemplar esa mirada de Jesús! Unas veces es imperiosa y entrañable; o de pena y de tristeza, al ver la incredulidad de los fariseos⁶; de compasión ante el hijo muerto de la viuda de Naín⁷; en otras ocasiones, con su mirada invitará a dejarlo todo y a seguirle, como en el caso de Mateo⁸; sabrá conmover el corazón de Zaqueo, llevándolo a la conversión⁹; se enternecerá ante la fe y la grandeza de alma de la viuda pobre que dio todo lo que tenía¹⁰. Su mirada penetrante ponía al descubierto el alma frente a Dios, y suscitaba al mismo tiempo la contrición. Así miró Jesús a la mujer adúltera¹¹, y al mismo Pedro, llevándole a llorar amargamente su cobardía¹².

Jesús miró con un gran aprecio a este joven que se le acercaba: *Iesus autem intuitus eum dilexit eum*. Y le invitó: «*Sígueme*. Camina sobre mis pasos. ¡Ven a mi lado! ¡Permanece en mi amor!»¹³. Es la invitación que quizá nosotros hemos recibido... ¡y le hemos seguido! «Al hombre le *es necesaria esta mirada amorosa*; le es necesario saberse amado, saberse *amado eternamente* y haber sido elegido desde la eternidad (cfr. *Ef 1, 4*). Al mismo tiempo, este amor eterno de elección divina acompaña al hombre durante su vida como la mirada de amor de Cristo. Y acaso con mayor fuerza en *el momento de la prueba, de la humillación, de la persecución, de la derrota (...)*; entonces la conciencia de que el Padre nos ha amado siempre en su Hijo, de que Cristo ama a cada uno y siempre, se convierte en un sólido punto de apoyo para toda nuestra existencia humana. Cuando todo hace dudar de sí mismo y del sentido de la propia existencia, entonces esta mirada de Cristo, esto es, la *conciencia del amor* que en Él se ha mostrado más fuerte que todo mal y que toda destrucción, dicha conciencia *nos permite sobrevivir*»¹⁴.

Cada uno recibe una llamada particular del Maestro, y en la respuesta a esta invitación se contienen toda la paz y la felicidad verdaderas. La auténtica sabiduría consiste en decir sí a cada una de las invitaciones que Cristo, Sabiduría infinita, nos hace a lo largo de la vida, pues Él sigue recorriendo nuestras calles y plazas. Cristo vive y llama. «Un día –no quiero generalizar, abre tu corazón al Señor y cuéntale tu historia–, quizá un amigo, un cristiano corriente igual a ti, te descubrió un panorama profundo y nuevo, siendo al mismo tiempo viejo como el Evangelio. Te sugirió la posibilidad de empeñarte seriamente en seguir a Cristo, en ser apóstol de apóstoles. Tal vez perdiste entonces la tranquilidad y no la recuperaste, convertida en paz, hasta que libremente, porque te dio la gana –que es la razón más sobrenatural–, respondiste que sí a Dios. Y vino la alegría, recia, constante, que solo desaparece cuando te apartas de Él»¹⁵. Es la alegría de la entrega, ítan opuesta a la tristeza que anegó el alma del joven rico, que no quiso corresponder a la llamada del Maestro!

III. *Anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el Cielo; luego ven y sígueme*, le dijo Jesús a este joven que tenía muchos bienes. Y

las palabras que debían comunicarle una inmensa alegría, le dejaron en el alma una gran tristeza: *afligido por estas palabras, se marchó triste*. «La tristeza de este joven nos lleva a reflexionar. Podremos tener la tentación de pensar que poseer muchas cosas, muchos bienes de este mundo, puede hacernos felices. En cambio, vemos en el caso del joven del Evangelio que las muchas riquezas se convirtieron en obstáculo para aceptar la llamada de Jesús a seguirlo. ¡No estaba dispuesto a decir sí a Jesús, y no a sí mismo, a decir sí al amor, y no a la huida! El amor verdadero es exigente»¹⁶. Si notamos en nuestro corazón un deje de tristeza es posible que se deba a que el Señor nos esté pidiendo algo y nos neguemos a dárselo, a que no hayamos terminado de dejar libre el corazón de ataduras para seguirle plenamente. Es quizá el momento de recordar las palabras de Jesús al final de este pasaje del Evangelio: *Os aseguro que quien deje casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por Mí y por el Evangelio, recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más –casas, y hermanos y hermanas, y madres e hijos, y tierras, con persecuciones–, y en la edad futura la vida eterna*.

...*Ven y sígueme*. ¡Cómo estarían todos esperando la respuesta del joven! Con esta palabra –*sígueme*– Jesús llamaba a sus discípulos más íntimos. Esta invitación llevaba consigo acompañarle en su ministerio, escuchar su doctrina y a veces una explicación más pausada, imitar su modo de vida... Después de la Ascensión de Jesús a los Cielos, el seguimiento no es, lógicamente, acompañarle por los caminos y aldeas de Palestina, sino permanecer allí donde Él nos encontró, en medio del mundo, y hacer nuestra su vida y su doctrina, comunicarnos con Él mediante la oración, tenerle presente en el trabajo, en el descanso, en las alegrías y en las penas... darlo a conocer con el testimonio alegre de una vida corriente y con la palabra. Seguir al Señor comporta un ponerse en camino, es decir, la exigencia de una vida de empeño y de lucha por imitar al Maestro. «En este esfuerzo por identificarse con Cristo, he distinguido como cuatro escalones: buscarle, encontrarle, tratarle, amarle. Quizá comprendéis que estáis como en la primera etapa. Buscadlo con hambre, buscadlo en vosotros mismos con todas vuestras fuerzas. Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo»¹⁷. Él no deja de

llamarnos para emprender el camino de la santidad siguiendo sus pasos. Ahora, también Jesús vive y llama. Es el mismo que recorría los caminos de Palestina. No dejemos pasar las oportunidades que nos brinda.

1 Sab 7, 7-11.— **2** J. LECLERQ, *Treinta meditaciones sobre la vida cristiana*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1958, pp. 50-51. — **3** Mc 10, 17-30. — **4** Cfr. Mt 19, 16. — **5** Jn 1, 42. — **6** Cfr. Mc 2, 5. — **7** Cfr. Lc 7, 13. — **8** Cfr. Mt 9. — **9** Cfr. Lc 19, 5. — **10** Cfr. Mc 12, 41-44. — **11** Cfr. Jn 8, 10. — **12** Cfr. Lc 22, 61; Mc 14, 72. — **13** JUAN PABLO II, *Homilía 1-X-1979*. — **14** ÍDEM, *Carta a los jóvenes*, 31-III-1985, 7. — **15** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 1.— **16** JUAN PABLO II, *Homilía 1-X-1979*. — **17** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 300.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.